

# EL MENSAJERO DE LA VERDAD

Robert Cornuke y Alton Gansky



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Pravda Messenger  
Traducción: Consuelo Gallego Perales

- © 2009 Robert Cornuke y Alton Gansky. Reservados todos los derechos
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Consuelo Gallego Perales. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Febrero 2010

ISBN: 978-84-92688-91-3

Depósito Legal: M-1739-2010

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

**Editorial ViaMagna**  
Gran Vía de Carlos III, 84  
Entresuelo 3º  
Barcelona, 08028  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

Mi abuela Mary era una inmigrante bielorrusa menuda con el cabello plateado y un corazón de oro. Cuando yo era un niño de siete u ocho años, mi abuela solía ir a pie hasta la biblioteca una vez por semana para llevarse una pila de libros que devolvía la semana siguiente una vez leídos de cabo a rabo. Mi abuela nunca tuvo coche, ni aprendió a conducir. Iba andando a todas partes. Cuando mis abuelos compraban algo, lo hacían siempre en efectivo. Si no se lo podían permitir, entonces pensaban que no les hacía falta.

A menudo interrumpía el placer de un día de verano al aire libre para mirar sus cansados pero brillantes ojos leyendo con fruición las páginas de aquellos libros de la biblioteca. Recuerdo haberle preguntado qué libro de todos los que había leído consideraba el mejor. Me miró con una sonrisa en los labios capaz de derretir las Montañas Rocosas en su descenso hacia el mar y dijo: «La Biblia, cariño».

Este libro está inspirado por mi abuela, y a ella se lo dedico.

*Bob Cornuke*

# CAPÍTULO 1

## LA TUMBA

*22 de enero, 1975  
Monasterio de los Santos Mártires,  
Leningrado, URSS*

Yuri hundió la barbilla en el cuello del abrigo para intentar protegerse del punzante viento que racheaba sobre el helado río Neva. Por la calle corrían pequeños hilillos blancos de nieve; Yuri y su hija pasaron junto a un anciano que peleaba con una pala para limpiar el camino hasta la escalinata del monasterio. Los enormes copos de nieve, agitados por el viento, se acumulaban con más rapidez de la que el pobre viejo podía recoger con su único brazo. Una manga de abrigo cogida con alfileres le cubría el muñón del otro brazo. De su pecho colgaba una fila de cintas y medallas de guerra.

Cuando Yuri y su hija se acercaron, el hombre hizo una pausa, entrecerró los ojos a causa de una helada ráfaga de viento y se apoyó sobre el mango roto de la pala.

—Los monjes tienen pan para los pobres —dijo; luego se agachó otra vez y arañó con la oxidada pala el hielo compacto que cubría el camino.

Yuri y Tanya subieron la escalinata y llegaron hasta unas puertas de madera de cedro que se encontraban cerra-

ROBERT CORNUKE Y ALTON GANSKY

das. Yuri aporreó la madera con su mano enguantada en cuero. Al cabo de unos instantes la puerta se abrió con un crujido, mostrando unos dedos huesudos que sostenían un mendrugo de pan moreno.

—No hemos venido por comida —dijo Yuri.

Se oyó una voz al otro lado de la puerta.

—¿Para qué venís aquí entonces?

—Vengo a traer a la niña. Tiene el don.

—¿El don?

—El don de la leyenda de la *pravda*. —Yuri esperaba una respuesta.

Los delgados dedos se abrieron de golpe y el mendrugo de pan moreno rodó por el suelo. La puerta del monasterio se movió, abriendo una brecha entre ésta y la jamba.

Yuri y su hija entraron. Un sacerdote de barba gris que vestía una sotana marrón hasta el suelo con un *klobuk*<sup>1</sup> bizantino sobre la cabeza los miraba con los ojos hundidos. De su cuello pendía una enorme cruz de plata repujada. Levantó una parpadeante lámpara de parafina y se inclinó en silencio a modo de saludo. Entonces se dio la vuelta y empujó la pesada puerta hasta cerrarla para impedir la invasión de la ráfaga de frío y corrió el enorme cerrojo.

—Lo siento, pero normalmente me dedico al bienestar de las almas de los hombres, no a desenterrar sus cuerpos, como estamos a punto de hacer. —Sus palabras fluyeron desde unos labios azulados y se quedaron flotando en una neblina vaporosa.

Yuri no estaba para conversaciones triviales.

—Debemos darnos prisa. El KGB está buscando a la niña. Debemos tratar el asunto por el que hemos venido y salir corriendo. Cruzaré la frontera con la niña hasta Finlandia para escapar de la locura de este vil gobierno.

El sacerdote asintió, luego les hizo señas para que le siguieran bajo la temblorosa luz de su candela.

1- Klobuk: Sombrero usado por los cristianos ortodoxos y monjes católicos orientales como parte de su indumentaria clerical. Suele ser de color negro, rojo o púrpura, y es considerado como un símbolo de honor.

## EL MENSAJERO DE LA VERDAD

Dos ratas mordisqueaban el trozo de pan caído en el suelo, indiferentes al paso del renqueante sacerdote. Yuri y Tanya siguieron la lámpara del sacerdote y descendieron unas empinadas escaleras de piedra. El frío parecía perseguirlos, empujándolos por detrás.

Al final de los escalones se llegaba a una cámara de piedra abovedada, con el suelo cubierto por una fina capa de suciedad que se resquebrajaba a cada paso. Del techo goteaba agua de color verdoso.

El sacerdote señaló hacia un rincón oscuro, donde descansaba un gran sarcófago de granito gris.

Yuri sintió cómo Tanya le tiraba de la manga del abrigo mientras soltaba un sollozo ahogado bajo su bufanda de lana. Había un nombre labrado en la pared de la cripta, en ruso cirílico antiguo, cubierto de moho: *Feodor Kuzmich*, con la fecha de 1864 esculpida debajo.

Un monje, con la cabeza agachada y el rostro escudado tras un hábito con capucha, se encontraba junto a la tumba de piedra, murmurando somnolientas plegarias.

El anciano sacerdote se inclinó hacia la niña.

—Eres la esperada de la leyenda... la niña con el don de la *pravda*. —La lámpara se reflejaba en sus pequeños y preocupados ojos. Tanya retrocedió un paso y se secó una lágrima. El viejo clérigo, cuyos labios mostraban unos dientes ennegrecidos, hablaba pausadamente—. El hombre aquí enterrado tiene un mensaje para ti.

Yuri observaba el sepulcro de granito pulido.

—He traído aquí a mi hija a petición de mi esposa, Natalia.

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó el sacerdote.

—Ha muerto. Hace tres semanas.

El sacerdote cerró los ojos para tener un momento de reflexión.

—Has hecho bien trayéndola aquí. —Poniendo la mano sobre el oscuro cabello de Tanya, el sacerdote pregun-

ROBERT CORNUKE Y ALTON GANSKY

tó—: ¿Así que es cierto? Tengo que estar seguro. Cuando alguien no dice la verdad, ¿puedes detectarlo en su voz? ¿Seguro que tienes el don de la *pravda*?

Tanya volvió los ojos hacia su padre y éste le transmitió su aprobación con la mirada. Entonces se giró hacia el sacerdote y asintió.

El clérigo suspiró.

—Por fin la leyenda respira.

Yuri preguntó:

—¿Cómo sabías que vendríamos la niña y yo?

—Tu esposa conocía la leyenda. Habla de una niña nacida con el don de la *pravda*, una niña que debía ser traída aquí para recibir un mensaje proveniente de la tumba.

—Mi esposa habría traído a la niña, pero llevaba un tiempo gravemente enferma. —El recuerdo de su esposa clavó un cuchillo ardiente en el corazón de Yuri.

El sacerdote le ofreció una sonrisa reconfortante.

—No llores su muerte. Ella espera tu llegada desde el cielo. Sus oídos podrán escuchar, y sus labios podrán hablar palabras de su amor por ti. —Volvió su atención hacia la niña—. Es un misterio el hecho de que tu hija naciera con el don de la *pravda* mientras su madre vivió toda su vida absolutamente sorda.

Yuri estudió al sacerdote durante unos instantes, el tiempo suficiente para recordar el día en que su mujer le dijo que cuando a su hija le llegara el momento, deberían visitar el monasterio. Esto había sido hace siete años. En aquella ocasión Yuri no comprendió las palabras de su esposa. Ahora sí.

El anciano sacerdote dio una palmada con sus curtidas manos y los dos monjes que se encontraban de pie junto al sarcófago de piedra dieron un paso hacia delante y al unísono metieron los dedos bajo el borde de la lápida. La corrieron ligeramente hacia un lado. El ruido del roce rompió el silen-

## EL MENSAJERO DE LA VERDAD

cio de la cámara. La lápida se resistía a moverse con facilidad. La pesada piedra requirió unos cuantos empujones más para deslizarse unos centímetros.

El sacerdote volvió su marchito rostro hacia la niña.

—Recuerda bien esta noche, muchacha. Recuerda la leyenda. No hay secreto en este mundo que el tiempo y el cielo no puedan revelar.

Acercándose al sarcófago, sujetó la lámpara de parafina sobre la estrecha rendija entre la lápida que cubría la tumba y el lateral de piedra de la misma y escudriñó en la cavidad del ataúd.

Yuri se puso al lado del sacerdote y estiró el cuello para ver lo que había en su interior. Vio un cráneo coronado con un mechón de grueso pelo gris enmarañado. El ocupante de la tumba los miraba con las cuencas negras y vacías. El cráneo carecía de mandíbula. Yuri solamente alcanzó a ver la cabeza, el inicio de la columna y los brazos. El esqueleto estaba cubierto por una camisa larga de campesino ennegrecida por el moho. En los desnudos huesos de la mano derecha descansaba una antigua caja de rapé de oro.

El sacerdote se subió la manga de la sotana, luego deslizó el brazo por la rendija entre la tapa y el lateral del sarcófago hasta que sus dedos encontraron el preciado objeto de oro. Estaba pegado a la piel, apergaminada y de color marrón. Tiró con más decisión y por fin sacó la reliquia, desintegrando el seco tendón hasta convertirlo en polvo. El clérigo extrajo cuidadosamente la caja del ataúd y la acercó a su lámpara para examinarla más de cerca. A pesar de la capa de polvo, brillaba bajo la luz de la llama. Se la ofreció a Tanya.

Tanya miró a Yuri. Éste asintió. A ella le temblaban las manos cuando cogió la caja.

—¿Qué es esto?

ROBERT CORNUKE Y ALTON GANSKY

El sacerdote habló con suavidad, como murmurando una plegaria.

—Es una caja de rapé. Hace mucho tiempo que lleva un mensaje dentro, un mensaje para ti.

—¿Un mensaje? —preguntó Yuri.

—Sí, un mensaje y un pequeño vial de cristal con pan venido del cielo, el maná divino.

Yuri cogió la caja y la examinó. Era más pesada de lo que parecía y estaba ricamente decorada. La tapa de oro estaba bordeada por una filigrana y en el centro tenía un águila bicéfala: el sello imperial de la familia real de los Romanov.

—¿Qué es una caja de rapé? —preguntó Tanya. Parecía confundida y asustada.

El sacerdote se lo explicó.

—Hace mucho tiempo los hombres molían el tabaco hasta convertirlo en polvo. La gente rica guardaba ese polvo en cajas de oro como ésta.

Yuri miró la caja que descansaba en su mano enguantada, su mente era un hervidero de preguntas.

—¿Quién es el hombre de la tumba? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

El sacerdote se alejó del sarcófago.

—Una vez fue zar, luego perdió su alma a merced del viento y finalmente murió como un monje salvado por la cruz de Jesucristo.

—¿El zar? —dijo Yuri. Las palabras drenaron sus fuerzas.

—Sí...

Un fuerte golpe en la puerta del vestíbulo retumbó por las escaleras de piedra. Se quedaron helados, en silencio; el único sonido que Yuri escuchaba era la respiración entrecortada de su hija.

Escucharon más golpes, seguidos de una voz apagada y áspera.

EL MENSAJERO DE LA VERDAD

—KGB. Abra la puerta, reverendo.

El cura arrugó la frente. Hizo una seña a los dos monjes ayudantes para que subieran las escaleras y atendieran a los visitantes. Cuando éstos se dieron la vuelta para subir, el monje les habló en un tono tranquilizador.

—Morir en Cristo es vencer. —Los monjes encapuchados asintieron sin decir nada. Sus siluetas oscuras ascendieron por los peldaños de piedra.

El sacerdote se volvió hacia Yuri.

—Tráeme a la niña.

Sin esperar respuesta alguna, el sacerdote se giró y se metió por un estrecho túnel de techo bajo que serpenteaba en la oscuridad. Era viejo y estaba encorvado, pero se movía con agilidad. El suelo y las paredes del pasadizo se notaban húmedos. Yuri dedujo que el túnel también servía como desagüe para la cripta. Agarró con fuerza la mano de Tanya.

La luz de la lámpara del sacerdote producía extraños reflejos en las cavidades de la pared de roca. Las oquedades estaban repletas de esqueletos apilados en diferentes fases de descomposición. En el aire flotaba un hedor acre y penetrante. Yuri y Tanya se cubrieron la boca con la bufanda para evitar las arcadas.

Tras un minuto avanzando con dificultad y resbalando por el helado laberinto en la oscuridad, alcanzaron el final. Yuri vio el débil tono azulado de la nieve cayendo a través de la abertura exterior del túnel. Un instante después se encontraban en el patio del monasterio.

El sacerdote tomó una bocanada de aire fresco, más por el esfuerzo, supuso Yuri, que por el miedo. El anciano señaló hacia una oscura arboleda más allá del patio.

—El malvado viene a llevarse a la niña, así que corred, corred como alma que lleva el diablo.

Yuri llevaba a Tanya de la mano y cuando a duras penas habían recorrido cincuenta pasos sobre la nieve se

ROBERT CORNUKE Y ALTON GANSKY

oyó que un disparo atravesaba el viento ululante. Yuri miró hacia atrás y vislumbró un foco que rastreaba el patio. El haz de luz dibujaba la silueta del anciano sacerdote mientras levantaba los brazos en un intento desesperado para impedir el avance del hombre. Al individuo no le costó mucho dar un empujón al viejo clérigo, cuya frágil figura terminó hollando la nieve.

Yuri escuchó el ruido de otro disparo, y notó cómo algo pasaba silbando junto a su oreja. Iba a girar cuando otro disparo partió el aire gélido y un dolor abrasador le atravesó la pierna como un cuchillo. Se desplomó sobre la nieve. Del muslo empezó a chorrear sangre caliente; se veía cómo manaba vapor a la luz del foco que se posó sobre su cuerpo. La caja de oro descansaba sobre la nieve al lado de Yuri. Tanya hundió las rodillas en la nieve junto a su padre y le rodeó con sus brazos. Él podía oír sus sollozos.

Yuri esperó. Esperó la bala que le atravesaría el corazón o la cabeza. Lo que más deseaba en el mundo era poder decirle a Tanya que echase a correr, que huyera hacia la oscuridad del bosque y se escondiera del monstruo con el foco y el arma, pero sabía que ella nunca conseguiría avanzar más que unos pocos metros antes de que el hombre del KGB la atrapara o le disparase.

Al levantar la mano que usó de escudo para protegerse de la luz pudo ver el brillo de la sonrisa del hombre, y su diente de plata. Un segundo después oyó un ruido sordo. El haz de luz del foco se movió bruscamente hacia un lado y cayó sobre la nieve. El hombre que perseguía a Yuri y a Tanya había soltado el reflector. Medio segundo después Yuri vio caer de bruces a su perseguidor, con el arma todavía en la mano. El hombre cayó sobre el reflector, y el haz de luz se quedó dirigido hacia el cielo.

## EL MENSAJERO DE LA VERDAD

Yuri vio un buen trozo de cuero cabelludo rosado colgando de la parte posterior de lo que quedaba de su cabeza. Una capa de sangre espesa le cubría el grasiento cabello.

Yuri vio entonces al hombre manco con el que se habían cruzado al entrar en el monasterio. Sujetaba la misma pala, ahora cubierta de nieve teñida de rojo. El pecho del guardián subía y bajaba, palpitando por la impresión y los esfuerzos que estaba realizando, provocando que las medallas de su pecho tintineasen como campanillas. Mientras observaba la figura inmóvil que yacía a sus pies, dijo:

—Los malos deben morir.

Entonces dejó caer la pala de su única mano y ayudó a Yuri a levantarse. El dolor de la herida iba en aumento y se le extendía desde la pierna hacia la espalda, como si alguien hubiera prendido fuego a cada nervio de su interior. Yuri llevaba los ojos entrecerrados, iba haciendo muecas de dolor y tambaleándose a pesar de la ayuda del hombre manco.

Yuri habló con esfuerzo.

—Tenemos una enorme deuda contigo. Muchísimas gracias.

—Me llamo Sergey.

—¿Y el anciano sacerdote? ¿Quién era?

Salió una voz de la oscuridad.

—No creo estar muerto todavía. —El sacerdote se acercaba como podía por la nieve hacia Sergey y le palmeó la espalda—. Un solo brazo de un hombre justo puede triunfar sobre un ejército de hombres con sus dos brazos aliados con el diablo.

Yuri miró al hombre del KGB tendido en la nieve y se preguntó si estaría muerto o sólo inconsciente. Yuri decidió que no le importaba. Lo único que quería era llevarse a su hija lejos de aquel lugar.

—Me temo que pronto vendrán más hombres del KGB —dijo el sacerdote—. Sergey, lleva a este hombre a la

ROBERT CORNUKE Y ALTON GANSKY

abadía; le es imposible viajar muy lejos. Los monjes atenderán sus heridas. En cuando a la niña, necesita marcharse lejos de aquí. Si el KGB llega a saber lo de su don, se la llevarán y sólo Dios sabe lo que ocurrirá entonces.

—Papá, ¿qué está sucediendo?

Yuri luchaba por mantener la consciencia.

—Yo también estoy intentando comprenderlo, Tanya.

—La nieve bajo su cuerpo estaba medio derretida y manchada de sangre oscura—. Debes marcharte con el sacerdote, Tanya. Él sabrá lo que hay que hacer.

—No quiero ir, papá. Quiero quedarme contigo.

Una nueva punzada de dolor recorrió el cuerpo de Yuri, no desde la herida, sino desde el corazón.

—Tanya, estás en peligro. Tienes que irte con el sacerdote.

—Pero papá...

—No hay discusión posible. Harás lo que yo diga.

—Sí, papá. —Bajó la cabeza. Él podía escuchar el corazón partido de ella con cada respiración. Cada órgano, cada músculo en él se estaba derritiendo.

La atrajo hacia sí y le acarició el cabello con la mano.

—Eres todo lo que me queda. Veo a tu madre en ti a cada momento, la oigo cada vez que te ríes. Debo... hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de mantenerte a salvo.

Ella levantó la cara. Las lágrimas habían dejado surcos en sus mejillas.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Volveremos a vernos. No sé cuándo. No importa el tiempo que pase, quiero que sepas esto: todo el tiempo que estemos separados sólo servirá para que mi amor por ti crezca cada vez más. Sé fuerte, pequeña. Sé sensata. ¿Lo harás por mí, pequeña? —preguntó Yuri.

—Sí, papá. Lo haré.

A pesar del dolor, Yuri se inclinó y besó a su hija en la cabeza. Rezó para que no fuera la última vez que lo hacía.

Yuri, con la ayuda del guardián, se arrastró cojeando hasta un sendero cercano. Miró por encima del hombro y vio a su hija siguiendo con desgana al sacerdote. Partículas de hielo se arremolinaban a su alrededor, y Tanya se envolvió la cara en su bufanda.

Las huellas de sus pasos peinaron el oscuro bosque.